

La sociedad
contemporánea
y sus temores



Miedo
líquido

**ZYGMUNT
BAUMAN**

PAIDÓS

Zygmunt Bauman
Miedo líquido

PAIDÓS

Título original: *Liquid Fear*, de Zygmunt Bauman

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

1.ª edición, agosto de 2010

1.ª edición en esta presentación, octubre de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Zygmunt Bauman, 2006

© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2010

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3864-

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 10.479-2021

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Impreso en España – *Printed in Spain*



Sumario

Introducción. Sobre el origen, la dinámica y los usos del miedo	9
<hr/>	
1. El terror de la muerte	44
2. El miedo y el mal	93
3. El horror de lo inmanejable	121
4. Los terrores de lo global	158
5. Hacer aflorar los miedos	211
6. Pensamiento contra miedo (o conclusión no definitiva para quienes se pregunten qué se puede hacer)	261
<hr/>	
Notas	289
Índice analítico y de nombres	296

El terror de la muerte

Hoy, 3 de junio de 2005, cuando, aquí sentado, escribo estas líneas, sería un día normal y corriente, apenas distinguible de otros anteriores o por venir, si no fuera por un pequeño detalle: es también el octavo día de la sexta edición del *Gran Hermano* británico, el primero de una larga serie de días de *expulsiones*. Esa coincidencia lo convierte en extraordinario: para muchos, éste habrá sido un día de revelación, de liberación o de absolución, dependiendo del lado desde el que lo miren.

La *revelación*: lo que usted sospechaba desde tiempo atrás pero apenas se había atrevido a pensar (y de cuya existencia o verdad habría negado airado todo conocimiento si se le hubiera preguntado al respecto) lo ve ahora en la pequeña pantalla, bañado en la gloria de los gigantescos titulares que salpican las portadas de los tabloides. Y lo hace acompañado de millones de hombres y mujeres como usted. La sensación que había tenido todo este tiempo pero que no había podido traducir fácilmente a palabras ha sido ahora explicitada por usted y por el resto de televidentes en toda su deliciosamente excitante y siniestra claridad nauseabunda, y con una autoridad tan irrefrenable como la que sólo millones de personas en estampida pueden otorgar.

Por abreviar lo que sería una larga historia: ahora *sabe* y sabe con toda seguridad lo que antes simplemente *sentía* (sospechaba, atisbaba).

Así se explicaba la historia en la «página oficial de *Gran Hermano*»:

Mientras Craig se preparaba para la que podía ser su última noche durmiendo en la casa de *Gran Hermano*, tenía la mente claramente puesta en la inminente expulsión.

Mientras sus compañeros se repartían entre los que dormían en la habitación y los que charlaban en la sala de estar, Craig optó por sentarse solo en la cocina con la única compañía de su propia persona.

Vestido con su albornoz, su figura solitaria destacaba sobre la mesa de trabajo, sobre la que se apoyaba abatido. Con la cabeza entre las manos, un Craig de gesto triste miraba a su alrededor, a la nada, sin ningún entusiasmo. Parecía una sombra del muchacho efervescente que se había disfrazado de Britney para entretener a sus compañeros un rato antes, esa misma noche. Obviamente, la idea de que pudiera haber pasado su último día completo en la casa le había vencido [...] Tras unos minutos de nuevas miradas perdidas y de aparente ensimismamiento, decidió dejarlo por esa noche e irse a dormir.

Con el aspecto de un cachorro perdido, seguía sin poder tranquilizarse y se incorporó en su cama, sentado allí, en plena oscuridad.

Pobre Craig, la expulsión que se avecinaba lo había afectado de verdad.

«Inminente expulsión...», «último día completo...», «con la única compañía de su propia persona...». Todo esto nos resulta tremendamente familiar. ¿Acaso no ha tenido la sensación, al leer ese resumen, de que alguien había tenido la gentileza de ponerle un espejo delante? O, más exactamente aún, ¿acaso no pensó que alguien había obrado el milagro de instalar una cámara de televisión, con sus correspondientes micrófonos y focos, en los más oscuros rincones de su mente, allí por donde a usted mismo le da miedo aventurarse...? ¿No sintió —como el resto de nosotros— un Craig en su interior que aguardaba a salir al exterior? Bueno, Craig sí lo hizo y deberíamos estarle todos agradecidos por la lección que sus tormentos nos han enseñado. Poco importa que, al día siguiente, se enterara de que los terrores de Craig eran prematuros y de que sería Mary, y no él, la primera expulsada.

«Ladbrokes [una importante casa de apuestas británica] dijo que la popularidad de Mary se había “desplomado” tras su negativa a ponerse un micrófono», explica la página web oficial de *Gran Hermano*, citando a los *expertos*, que —por ser expertos— *deben de* saber más que nadie de aquello en lo que son expertos. Y aquello de lo que los mencionados expertos sabían más que nadie era de los giros y los altibajos de las simpatías y las antipatías de la audiencia. La insustancial *locuacidad* de Craig era el pecado original que amenazaba con arrojarlo al vagón de los desperdicios, según dijeron los expertos (y según un espectador, que firmaba con el alias de «crash» y que, en nombre de miles de televidentes que pensaban lo mismo que él, se quejaba de lo siguiente: «Es una vergüenza absoluta: analfabeto, insípido, fatuo, gordo y, por si fuera poco, idiota perdido. No añade nada a la casa. Echémoslo y luego pongamos también a su perrito faldero de patitas en la calle»); pero, obviamente, la *negativa* de Mary a realizar una confesión pública fue considerada mucho

más molesta y censurable que todos los defectos juntos de Craig. Y cuando Mary cedió finalmente y se hizo audible para los espectadores, cayó en un agujero aún más profundo: se pasaba el tiempo «criticando a los demás»... El jueves, dijo: «Quiero irme. Todos aquí me dan asco. No soy una “niñata”. Aquí no hay la más mínima conversación con contenido intelectual y eso es algo que necesito».

Así pues, ¿qué es mejor: seguir «calladito» o complacer a los fisgones «vomitando» todo lo que llevamos dentro y dejando nuestros pensamientos más profundos al descubierto? Por supuesto, ésta es una pregunta que carece de una respuesta válida en todo momento y lugar. Hay que jugársela a cara o cruz. Usted no tiene a su disposición *ningún método infalible de eludir su expulsión*. La amenaza de desahucio no desaparecerá. Poco puede hacer (si es que puede hacer algo) para asegurarse de desviar (o posponer) el golpe. Ni reglas ni recetas. Simplemente, hay que seguir intentándolo (y errando). Y por si se perdió la lección de ese octavo día, apenas una semana después, cuando en el decimoquinto día le toca en suerte a Lesley marcharse de la casa («Lesley abandonó la casa de *Gran Hermano* [...] entre el tumultuoso coro de abucheos del público allí congregado»), le llega el turno al propio Craig de «despotricar» contra los inescrutables giros del destino: «Es ridículo —se lamenta malhumorado—, no me lo puedo creer. No ha hecho nada para que mereciera irse».

Bueno, de lo que se trata, ¿no?, es de que *no* hay que «hacer algo» para «merecer» la expulsión. Ésta no tiene nada que ver con la justicia. Cuando el público decide entre abucheos y vítores, la idea de «justo merecimiento» no responde a ninguna lógica previa (si bien quien caza con los sabuesos en lugar de correr con la liebre bien preferiría negar esto último). No se puede estar seguro de si se nos avecina la orden de hacer las maletas e irnos

(ni de cuándo) y nada de lo que hagamos podrá hacer que ésta llegue antes o que no llegue.

Lo que la «telerrealidad» anuncia es la noción de suerte o *fatalidad*. Hasta donde usted sabe, la expulsión es un destino *inevitable*. Es como la muerte: puede tratar de mantenerla alejada durante un tiempo, pero nada de lo que intente podrá detenerla cuando finalmente le llegue. Así son las cosas y no se pregunte por qué...

La liberación: ahora que lo sabe, como también sabe que lo que usted sabe es compartido por millones de personas y procede de una fuente de fiar (no en vano se eligió «el comodín del público» como cuerda de salvamento para quienes buscaban la respuesta verdadera en *¿Quién quiere ser millonario?*, otro programa televisivo de gran popularidad), ya puede dejar de atormentarse. No había razón para que se sintiera avergonzado de sus sentimientos, sospechas y premoniciones, ni de sus esfuerzos por ahuyentarlos de su mente y encerrarlos en las más oscuras y recónditas mazmorras de su subconsciente. Si no fuera porque se dan y se reciben en público, las órdenes de *Gran Hermano* —calculadas para descubrir cuál de los ocupantes de la casa desfallecerá primero en su empeño por cumplirlas— serían como las de cualquier sesión de psicoanálisis normal y corriente. A fin de cuentas, esa clase de sesiones están pensadas para hacer que usted viva feliz por siempre jamás con los mismos pensamientos e ideas que, hasta ayer, se le antojaban insoportables, y para que hoy desfile orgulloso ataviado con lo que, apenas unos días atrás, le habría parecido el ropaje de la infamia. En esa sesión pública de psicoanálisis que conocemos como *Gran Hermano*, sus crípticas premoniciones se han visto rotundamente confirmadas por nada menos que una autoridad como la de la «telerrealidad» y, por consiguiente, ya no tiene por qué sentirse perplejo o atormentado: así es como funciona el mundo *real*. El *Gran Hermano*

de hoy, a diferencia de su predecesor orwelliano cuyo nombre tomó prestado sin preguntar, no pretende *retener* a las personas y hacer que se ciñan al guion marcado, sino *expulsarlas* y asegurarse de que, cuando estén fuera, se irán (como es debido) y no volverán...

Ese mundo, tal como la «telerrealidad» ha demostrado gráfica y convincentemente, está centrado en el «quién envía a quién al cubo de la basura» o, mejor dicho, en quién lo hará *primero*, cuando aún esté a tiempo de hacerles a otros lo que éstos tanto desearían hacerle (si tuvieran la opción) y *antes* de que éstos se las arreglen para actuar según les indican sus deseos. Usted vio a Mary y oyó que dijo, cuando aún llevaba micrófono, a propósito de otra persona que más tarde la nominaría para expulsarla: «¡Ese viejo presuntuoso no debería estar aquí!». Mary, en trance de convertirse en víctima, jugaba al mismo juego que quienes la iban a convertir en víctima y sin variar una coma de sus reglas: de haber tenido la oportunidad, no habría dudado ni un segundo en unirse al revuelo contra otro u otra.

Y, como ya debería haber adivinado, no hay modo alguno de revocar las expulsiones. La pregunta no es *si* se expulsa a alguien o no, sino *quién* y *cuándo*. Las personas expulsadas no lo son porque sean malas, sino porque las reglas del juego dictan que *hay que* expulsar a alguien y porque unas personas han sido más habilidosas que otras para quedarse y echar a estas últimas (es decir, en ganarles en el juego al que todas ellas juegan, tanto las que expulsan como las que son expulsadas). Las personas no van siendo expulsadas conforme son consideradas indignas de seguir en el juego, sino justamente al revés: se les declara no merecedoras de quedarse porque hay un cupo de expulsiones que cubrir. Uno de los habitantes de la casa *debe* ser expulsado una semana sí y otra también: todas las semanas, pase lo que

pase. Ésas son las normas de la casa, obligatorias para todos sus residentes, se comporten como se comporten en lo demás.

Gran Hermano no tiene trampa ni cartón: en las reglas de la casa no figura referencia alguna a recompensar a los virtuosos y castigar a los malhechores. Todo se reduce a cubrir de un modo u otro la cuota de expulsiones semanales. Ya oyeron a Davina McCall, la presentadora, gritándoles: «¡La suerte de Craig y Mary está en sus manos!». Lo que quiso decirles fue: hay dos personas entre las que optar y ustedes tienen plena libertad para elegir a su víctima; tienen la posibilidad de elegir entre expulsar a una o a la otra, pero no la de no expulsar a ninguna o dejar que ambas se queden. Así que, a partir de ahora, toda vez que se han visto tan rotundamente confirmados, no tenga reparos en seguir sus instintos e intuiciones. No puede equivocarse si vota por la expulsión de alguien. Sólo cuando duda y se resiste a jugar, se arriesga a quedarse (o a que le dejen) fuera del juego. Y que le desagrade jugar a ese juego de la exclusión no será obstáculo para que los demás voten en contra de usted.

Y, por último, la *absolución*: una absolución por duplicado, de doble filo, en realidad; retrospectiva y anticipadora, al mismo tiempo. De hecho, se perdonan tanto las fechorías pasadas como las argucias futuras. Los «palos de ciego» del pasado se han reciclado en la actualidad y han adquirido la categoría de sabias elecciones racionales futuras. Usted ha aprendido, pero también le han *enseñado*. La verdad así revelada vino acompañada de habilidades útiles y la liberación le aportó la valentía para poner esas habilidades en funcionamiento. Está agradecido a los productores de *Gran Hermano* por ese veredicto oficial de «no culpable». Y es por esa gratitud por la que se suma a las multitudes de espectadores pegados a la pantalla, y que, al hacerlo, ayudan a otorgar aún mayor autoridad al veredicto, haciéndolo verdaderamente público y universalmente vinculante, y, de paso, contri-

buyendo a disparar los índices de audiencia y los beneficios televisivos...

Gran Hermano es un programa desordenado o, cuando menos, como sus críticos más benignos prefieren afirmar, «multifacético» o «multinivel». Hay algo en él para todo el mundo o, al menos, para muchos (quizá, para la mayoría), con independencia de su género, su color de piel, su clase o su titulación académica. La desesperada lucha de los habitantes de la casa por escapar de la expulsión puede atraer ante el televisor tanto a los amantes de la indecencia como a personas ansiosas por conocer lo bajas y diversas que pueden ser las profundidades que hay por debajo de aquellas a las que ya sabíamos que los seres humanos pueden caer; arrastrará y embelesará a los fans de la carne al desnudo y de todo lo que sea picante y *sexy*; tiene mucho que ofrecer a quienes precisan de un vocabulario más rico de expresiones groseras y palabrotas, así como de perfectas demostraciones de su uso. Lo cierto es que la lista de ventajas y beneficios es larga y multicolor. Los devotos de *Gran Hermano* han sido acusados por sus críticos —siempre con motivos fundamentados— de las más diversas motivaciones innobles y viles para seguir el programa. De vez en cuando, también se les han atribuido algunas de carácter más noble.

Así pues, personas muy distintas entre sí pueden conectar con un programa como *Gran Hermano* y por muy diferentes motivos. El mensaje principal del programa va calando subrepticamente en su audiencia, envuelto en una infinidad de otros muchos atractivos que lo hacen difícil de detectar de un modo inmediato e inequívoco. Puede alcanzar inesperadamente y sin previa negociación a multitud de espectadores que buscan otra clase de diversiones; puede incluso permanecer inadvertido para algunos. Y puede ser pasado completamente por alto por los críticos preocupados principalmente por la defensa de las buenas

maneras (y, más en concreto, por la protección de su propio derecho inalienable e indivisible a separar el buen gusto de la vulgaridad).

Eso es algo que es imposible que suceda, sin embargo, en el caso de *El rival más débil*, programa de televisión apenas camuflado bajo la apariencia de un concurso de prueba de conocimientos y aún menos disimulado como una competición en busca de un premio final, que no ofrece a los espectadores otro deleite espiritual o carnal que el del espectáculo de la humillación humana, seguido de la expulsión, seguida (a su vez) de la inmolación. Las preguntas y las respuestas, por desgracia, inevitables en un programa clasificado dentro de la categoría de los «concursos», se presentan con un apresuramiento tal que parece denotar una cierta vergüenza de quien las formula como pidiendo disculpas por hacerlo: «Siento tanto malgastar un valioso tiempo que debería haberse dedicado a lo que realmente cuenta... Pero ustedes saben (como yo) que debemos mantener las apariencias». Son preguntas y respuestas que constituyen lamentables (aunque inevitables) interrupciones del argumento principal, breves intervalos de separación de los prolongados actos sucesivos del drama (para algunos televidentes, si no para la mayoría, son simples ocasiones en las que relajarse bebiendo un sorbo de té o llevándose una patata frita a la boca).

El de *El rival más débil* es el mensaje de *Gran Hermano* sin diluir: un mensaje comprimido en apenas una píldora. Está despojado, en la medida de lo posible, de elementos superfluos, reducido a lo estrictamente esencial y dirigido directamente al meollo del asunto: la celebración de la rutina de las expulsiones. Los jugadores, a quienes no queda duda alguna de que éste es en realidad el nombre del juego en el que participan, van siendo expulsados uno tras otro no en un plazo prolongado de varias semanas, sino en treinta minutos. Contrariamente a lo que su

nombre oficial indica, la auténtica finalidad desvelada en el transcurso del programa no es la de descubrir en rondas sucesivas quiénes son los «jugadores más débiles», sino la de recordar a todo el mundo que, en cada ronda, alguien ha de ser declarado «el más débil» y demostrar que a todos —excepto al único vencedor final— les llegará inevitablemente el turno de ser proclamados los más débiles, ya que todos menos uno están condenados a ser eliminados. Todos menos uno sobran antes de iniciarse el juego; éste se juega sólo con el propósito de revelar quién será el eximido de ese otro destino común.

Al principio de cada programa de *El rival más débil*, hay un equipo de varios jugadores que tratan de aportar conjuntamente sus ganancias a un fondo común. Al final, sólo queda uno de ellos que se embolsa todo el botín. La supervivencia es una oportunidad de la que sólo uno disfruta; la condenación es el destino del resto. Antes de ser expulsados por los votos de los demás, todos los jugadores participan en los sucesivos rituales de extradición con la satisfacción que sólo aporta el deber diligentemente cumplido, el trabajo bien hecho o la lección sólidamente aprendida; sus remordimientos quedan plenamente disipados ante la prueba de que las fechorías del vecino desahuciado justificaban de antemano la decisión posterior de expulsarlo. Después de todo, una parte integral (quizá la más importante) del deber de los jugadores es la de admitir su propia responsabilidad en su derrota tras la correspondiente ceremonia de votaciones de expulsión y la de confesar públicamente los defectos que invitaron a su ostracismo e hicieron su propia expulsión justa e inevitable. El principal fallo confesado (con una regularidad monótona) es el pecado de no haber sabido ser más listos que los demás...

Las fábulas morales de antaño hablaban de las recompensas que aguardaban a los virtuosos y de los castigos que se preparaban para los pecadores. *Gran Hermano*, *El rival más débil* y

otros muchos cuentos morales similares que hoy en día se ofrecen a los habitantes de nuestro mundo moderno líquido (y que éstos absorben ávidamente) ponen de relieve verdades distintas. En primer lugar, el castigo pasa a ser la norma y la recompensa, la excepción: los ganadores son aquellas personas que han logrado ser eximidas de la sentencia de expulsión universal. En segundo lugar, los vínculos entre virtud y pecado, de un lado, y entre recompensas y castigos, del otro, son tenues y caprichosos: como los Evangelios reducidos al Libro de Job, se podría decir...

Lo que los cuentos morales de nuestro tiempo nos dicen es que los golpes nos alcanzan aleatoriamente, sin necesidad de un motivo ni de una explicación. Nos dicen también que apenas existe relación alguna (si es que existe) entre lo que los hombres y las mujeres hacen y lo que les sucede, y que poco o nada pueden hacer para garantizar que ese sufrimiento sea evitado. Las «fábulas morales» de nuestros días hablan de la iniquidad de la amenaza y de la inminencia de la expulsión, así como de la casi absoluta impotencia humana para eludir ese destino.

Todos los cuentos morales actúan sembrando el miedo. Sin embargo, si el temor que sembraban las fábulas morales de antaño era redentor (puesto que venía acompañado de su antídoto: una receta para conjurar la temible amenaza y, por tanto, para una vida sin miedos), los «cuentos morales» de hogaño tienden a ser inmisericordes: no prometen redención alguna. Los miedos que siembran son intratables y, de hecho, *imposibles de erradicar*: no se van nunca; pueden ser aplazados u olvidados (reprimidos) durante un tiempo, pero no exorcizados. Para tales miedos, no se ha hallado antídoto ni es probable que se invente ninguno. Son temores que penetran y saturan la vida en su conjunto, alcanzan todos los rincones y los recovecos del cuerpo y del alma y reformulan el proceso vital en un ininte-

rrumpido e inacabable juego del escondite, un juego en el que un momento de distracción desemboca en una derrota irreparable.

Esos cuentos morales de nuestro tiempo son ensayos públicos de la muerte. Aldous Huxley se imaginó un Mundo Feliz en el que los niños eran condicionados/vacunados contra el miedo a la muerte invitándoles a sus golosinas favoritas mientras se les congregaba en torno al lecho de muerte de sus mayores. Nuestros cuentos morales tratan de vacunarnos contra el miedo a la muerte banalizando la visión misma de la agonía. Son ensayos generales de la muerte disfrazados de exclusión social que llevamos a cabo con la esperanza de que antes de que la muerte llegue en su forma más descarnada nos hayamos habituado a su banalidad.

Irreparable... Irremediable... Irreversible... Irrevocable... Sin reversión o remedio posible... El punto sin retorno... El final... Lo definitivo... El *fin de todo*. Hay un suceso (y sólo uno) al que se pueden atribuir todos esos calificativos sin excepción, un suceso que torna en puramente metafóricas todas las demás aplicaciones de esos mismos conceptos, un suceso que da a éstos su significado primario, prístino, sin adulterar ni diluir. Ese suceso es la *muerte*.

La muerte es temible por una cualidad distinta a todas las demás: la cualidad de hacer que todas las demás cualidades ya no sean negociables. Todos los acontecimientos que conocemos o de los que tenemos noticia tienen —*salvo la muerte*— un pasado y un futuro. Cada suceso —excepto la muerte— tiene escrita con tinta indeleble (y aunque sea con la más pequeña de las letras) la promesa de que la trama de la obra «continuará». La muerte, sin embargo, sólo lleva una inscripción: *lasciate ogni speranza* (si bien la idea de Dante Alighieri de grabar esa frase

final sin apelativos sobre la puerta del Infierno no era realmente legítima, ya que, tras cruzar esa entrada, no dejaron de sucederse nuevas anécdotas... ¡incluso después de haber pasado bajo aquel letrero que ordenaba «abandonar toda esperanza»!). Sólo la muerte significa que nada ocurrirá a partir de entonces, que nada le ocurrirá a *usted*, es decir, que nada sucederá que *usted* pueda ver, oír, tocar, oler, disfrutar o lamentar. Por eso la muerte seguirá siempre siendo incomprensible para los vivos. De hecho, cuando se trata de trazar un límite verdaderamente intraspasable para la imaginación humana, la muerte no tiene rival. Lo único que no podemos (ni podremos jamás) visualizar es un mundo que no nos contenga a nosotros mismos visualizándolo.

Ninguna experiencia humana, por rica que sea, proporciona la más mínima pista de lo que se siente cuando nada más va a suceder y ya no queda nada que hacer. Lo que aprendemos de la vida, día tras día, es exactamente lo contrario; pero la muerte invalida todo lo que hemos aprendido. La muerte es la encarnación de «lo desconocido», y entre todos los demás «desconocidos» es el único que es plena y realmente *incognoscible*. Sea lo que sea que hayamos hecho para prepararnos para la muerte, ésta siempre nos sorprende desprevenidos. Para empeorar aún más las cosas, convierte la idea misma de «preparación» (la acumulación de conocimientos y habilidades que define la sabiduría de la vida) en algo totalmente inválido y nulo. Todos los demás casos de desesperanza y desventura o de ignorancia e impotencia podrían curarse con el esfuerzo adecuado. Pero no éste.

El «miedo original», el miedo a la muerte, es un temor innato y endémico que todos los seres humanos compartimos, por lo que parece, con el resto de animales, debido al instinto de supervivencia programado en el transcurso de la evolución en todas las especies animales (o, al menos, en aquellas que sobrevivieron lo suficiente como para dejar rastros registrables de su existen-

cia). Pero sólo nosotros, los seres humanos, conocemos la inexorabilidad de la muerte y nos enfrentamos, por tanto, a la imponente tarea de sobrevivir a la adquisición de tal conciencia, es decir, a la tarea de vivir con (y pese a) la constancia que tenemos del carácter ineludible de la muerte. Maurice Blanchot llegó a sugerir que, del mismo modo que el hombre sabe de la existencia de la muerte sólo por el hecho de ser hombre, sólo es hombre porque es una muerte en proceso de materialización.¹

Los sofistas, que predicaban que el miedo a la muerte contraviene la razón —argumentando que, cuando la muerte está aquí, yo ya no estoy, y cuando yo estoy aquí, es la muerte la que no está—, estaban equivocados: cuando quiera que yo sea o esté, estaré siempre acompañado de la *conciencia* que tengo de que, tarde o temprano, la muerte *ha de* poner fin a mi existencia/estancia aquí. A la hora de resolver esa tarea, es decir, a la hora de combatir o de desactivar ese «miedo secundario» (el miedo que rezuma no del hecho de que la muerte llame a nuestra puerta, sino de nuestra certeza de que lo hará, con toda seguridad, tarde o temprano), los instintos (suponiendo que estuviéramos equipados de ellos) serían de escasa ayuda. La resolución de la mencionada tarea corresponde únicamente (suponiendo que tal empresa pueda realizarse realmente) a los seres humanos por sí mismos. Y, para bien o para mal, se resuelve, aunque con éxito desigual.

Todas las culturas humanas pueden interpretarse como artefactos ingeniosos calculados para hacer llevadero el vivir con la conciencia de la mortalidad.